

Principia Aesthetica

Daniel Vera

Todo vale. Contra la naturaleza no valen los principios. La estética es NATURALMENTE, antiprincipista. Si lo natural es la inmediatez desmesurada de los afectos, el arte es el arco (la distancia) y la lira (la medida) del impasible Apolo. Si lo natural es la calculable regularidad de los acontecimientos, el arte es la extemporánea ebriedad de Dionisos. Si lo natural es la disputa entre Apolo y Dionisos, el arte es el sombrero alado de Hermes o un montón de piedras a la vera del camino: Hermes protegerá al caminante o ayudará a los ladrones, en cada caso traerá el mensaje del dios oportuno: los signos imprevistos. Si la naturaleza fuese hermética, lo que ya es demasiado creer, el arte sería vulgar. La naturaleza es lo superior, el arte lo inferior. Para el artista, lo inferior es lo supremo, porque la distinción se consigue venciendo con el argumento más débil. El triunfo del poderoso es de lo más ordinario. En la época de la masificación política y comunicativa el desafío para el artista es llegar a ser un individuo. Pero esta agonía también es caduca. Y así sucesivamente, por los siglos de los siglos, hasta que se agote el combustible, la *energeia*, supuesto que el azar combinatorio no sea motor de su propia actividad y las combinaciones no sean virtualmente infinitas. Amén.

No hay tiento que no se corte. Según los datos estadísticos de que disponen los mejores economistas, a largo plazo estamos todos muertos. *Ergo, carpe diem*; esta es la moral del arte, el artificio opuesto por el nombre de una flor al sacrificio. El placer estético es efímero, la gloria de la muerte es eterna.

La imaginación al poder o el poder de la fantasía. La posibilidad sin virtud es ineficaz. Posible es el infinito en acto, virtual el infinito posible y (más o menos) eficaz sólo lo que se ha podido contar. Mientras no se ha contado todo, se puede seguir contando. Lo contado es el encantamiento del mundo, la realidad. Lo que resta por contar es el desencantamiento del mundo, la libertad. No es que el arte ocupe el lugar de la religión. El lugar de esta es la esperanza; el de aquella, la desesperación. Allá las palabras son llevadas hacia el silencio, aquí el silencio es traído a las palabras.

No sé cuál de los dos escribe esta página. Tanto la inconsecuencia como el absurdo señalan cierto apartamiento. Este puede ser evidente, como en el delirio, o disimulado, como en la poesía.

Los dioses inspiran pero no transpiran. El artista no ejerce el voluntarismo ni se deja arrastrar por la resignación; tampoco busca un término medio: anhela un extremo, sea en medida o sea en desmesura. Sabe que la victoria la otorgan los dioses, pero que el esfuerzo lo realizan los músculos. Una cosa es despertar el amor y otra cosa es hacer el amor; aquello no se puede sin inspiración y esto no se puede sin transpiración. Allá basta con lanzar una flecha afortunada, pero aquí es necesario meditar. La gracia enamora, pero la habilidad seduce. No se ha de desdeñar el favor divino; es más, hace falta prepararse para recibirlo, aunque luego no se lo obtenga. A nadie puede reprochársele no haber obtenido un favor. A cualquiera se le puede echar en cara una preparación deficiente.

Porqué no sería inútil una nueva versión de “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”. Todos conocemos al Quijote. Quien más y quien menos todos lo hemos visto alguna vez por la televisión o hemos leído de él en los diarios. Esos son los lugares de la fama y la fama es junto con -pero en mucha mayor medida que- la riqueza un indicador infalible de excelencia ontológica. Hasta el obispo lo sabe: ser es ser televisado. Aquel rústico manchego de apellido Quijada o Quijano descubrió en su día que la realidad estaba en los libros y que las cosas de las cuales los libros eran depositarios ganaban identidad en la medida en que los libros eran leídos, y como las novelas de caballería eran los más leídos de los libros de su época, eran también la suprema suma ontológica; un vecino suyo, manco para más datos, decía que había perdido el brazo en una

célebre batalla y esos dichos eran para Quijano o Quijada mentirijillas, ensueños, ilusiones, porque semejante aventura no constaba en ninguna novela ni en otros escritos que conocía. Es que los libros, entonces, con el despuntar de la imprenta, eran el paradigma de la comunicación de masas, especie de televisores foliados, y los militares -don Miguel, su vecino, había sido militar-sabían que serían reemplazados por ellos, si no en todo, por lo menos en una gran parte. A no dejarse engañar por la resonancia de las palabras: comunicación quiere decir control: tenemos problemas de comunicación con alguien cuando no hace lo que queremos que haga o cuando no hacemos lo que quiere que hagamos o cuando se dan las dos asimetrías a la vez. Comunicación de masas quiere decir control de masas, una especialidad ancestralmente militar.

A lo largo del tiempo, para no perder su potestad como comunicador masivo ante el avance de predicadores, recitadores, oradores, escritores, etc., el militar tuvo que convertirse en predicador, recitador, orador, escritor, etc., y, por último, en *showman*, para obtener con una “buena” guerra mejor *rating* que el Pato Donald. Control de masas, perdón, comunicación de masas, significa mostrarles a las masas la realidad de las cosas, lo que es y lo que no es, es decir, enseñarles quien manda. Después de todo hasta el mismo Quijano se vió obligado a reconocer la superioridad de las armas sobre las letras, que sería como decir la superioridad de las armas sobre la televisión, y es sabido que lo superior conduce a lo inferior. Pero, de pronto, parece que los comunicadores controlan el poder y no hay poder, a no ser el de otro comunicador -un comunicador de rango superior- que controle a los comunicadores. Contrariamente a lo que ocurría tiempo atrás, los cómicos no se preocupan por lo que los generales puedan pensar a cerca del sentido del humor, sino que los generales se preocupan por lo que pueda pensar algún cómico (famoso) acerca de la falta del sentido del humor; los periodistas no les preguntan a los políticos cómo anda la nave del estado, sino que los políticos ven los telenoticieros, y a veces hasta leen los diarios, para enterarse de cual es la posición, cuál es el rumbo, cuáles son los problemas y cuál la disposición anímica de la tripulación y de los pasajeros. Esto puede ser un progreso -acaso sea el Progreso- y a simple vista parecería indicar una disminución de crueldad y violencia en el manejo de multitudes; sin embargo, al nivel estético del individuo, de su originalidad y de su vida privada, la sensación es distinta.

El amor del individuo por la democracia, en especial si no se trata de un

“poderoso”, tiene que ver con ciertas garantías -no siempre, por desgracia, demasiado ciertas- de que no va a ser movilizado contra su voluntad, de que no le van a caer de sopetón por su casa a eso de la madrugada y de que no va a ser compelido a una confesión pública ni a ningún tipo de trato vergonzante: tiene o quiere tener garantía de que las autoridades respetan esos derechos y están dispuestas a actuar en contra de los bandidos que intenten transgredirlos. Pero, ¿qué pasa con los comunicadores de masas? ¿a ellos quién los “comunica”? Al individuo le da la peligrosa impresión de que frente a un energúmeno con un arma tenía alguna posibilidad de defenderse y, en cambio, frente a este poder metafísico se encuentra completamente inermes. Entiéndase bien, no le molesta que la realidad esté en las cámaras y en las pantallas; lo que le molesta es que las cámaras y las pantallas estén en todas partes y a todas horas, lo molesta que la realidad esté en todas partes y a todas horas y no deje espacio ni tiempo para su imaginación, para su existencia, para su palpable irrealidad. Hasta que un día, seco ya su cerebro, termina por creer que es un personaje de la caballería novelesca, mejor dicho: una estrella de los medios masivos vestida a lo Andy Warhol, y forma parte, también él, de la ubicua y espectacular realidad.

Inteligencia artificial. Toda inteligencia es artificial. Si algo puede hacerse con inteligencia, entonces puede hacerse mediante un artificio. No es inteligente rechazar la artificialidad. Cuando se alaba la espontaneidad -el “talento natural”- lo que se alaba es la rapidez con que puede adquirirse o se puede hacer funcionar un artificio. Sin embargo, es inteligente fingir “naturalidad”; es un buen recurso para disimular los errores, siempre y cuando no sean demasiados, porque cuando los errores son muchos cabe sospechar que la naturalidad no es fingida.

¿Qué es eso de filosofía? Una de las cosas a las cuales se llama filosofía o filosofía primera con una tenacidad recalcitrante, es la conducción estratégica del discurso para TENER RAZÓN SIEMPRE. Filósofo es aquel que no acepta entrar en un diálogo que podría perder (acaso el ejemplo de Sócrates no venga mal, pero no es de los mejores). En una cultura agonística todos quieren (todos queremos) ganar, incluso el perdedor trata de ser un BUEN perdedor, en lo posible, el MEJOR perdedor, pero para ser un perdedor, cualquiera sea su calidad es necesario reconocer el caso en que otro ha ganado. Este caso es el que ninguna de tales

filosofías (o de tales filósofos) admite que pueda presentarse. Con todo, si por esa pertinacia de la casuística, el caso llega a presentarse, será considerado una cuestión de hecho, porque a estas horas el filósofo y su filosofía ya se habrán refugiado con arreglo a derecho y dirán: Es así, pero debe ser de otra manera, por lo tanto, al no ser como debe, no es. Zarathustra diría que la filosofía (primera) es el recurso del mal perdedor, o tal vez algo menos gentil: que es la técnica de los que son incapaces de ganar sin hacer trampas. Por supuesto se puede aprender mucho de los grandes filósofos: a) a hacer trampas, b) a no dejarse hacer trampas y c) a ganarles con sus propias trampas. Los que aprenden a hacer trampas son los discípulos, que con el tiempo se convierten también ellos en maestros de filosofía primera. Los que aprenden a no dejarse hacer trampas son los que se levantan de la mesa declarándose escépticos, agnósticos o nihilistas y sin ganas de volver a jugar. Los que aprenden a ganarles con sus propias trampas son los filósofos segundos, los cuales tienen poco de filósofos y mucho de segundos; son poco filósofos porque su labor de aguafiestas consiste en enseñarle a los cándidos candidatos el mecanismo de cada truco o jugada de tahúr de turno, y son abrumadoramente segundos, por un lado, porque su tarea no es muy agradecida, dado que para muchos la felicidad consiste en vivir engañados y no ser, a ningún precio, desengañados, y por otro lado, porque los filósofos primeros no les reconocen el triunfo, o se lo reconocen a regañadientes con un comentario insólitamente destructor: "No son verdaderos filósofos", dicen.

La fin del mundo. Una profecía recurrente en la historia de la humanidad -o en las historias de algunas humanidades, si es que el singular y el abstracto parecen demasiado singulares y demasiado abstractos-, es la que anuncia el próximo fin del mundo. Es también una de las profecías que goza de menor prestigio en los ambientes ilustrados y progresistas. Este desprestigio es merecido, aunque no por las causas que generalmente se invocan; en efecto, se suele señalar, como si fuera algo obvio, que ninguna de tales profecías se ha cumplido y que es poco probable que alguna se cumpla en un futuro inmediato (a la larga, ya se sabe, todo resulta cierto). Sin embargo pocas profecías se han cumplido con mayor rigor y precisión que esta del fin del mundo. Si se trata de un vaticinio despreciable, lo es por su trivialidad tautológica: se cumple en los plazos estipulados y bajo cualesquiera condiciones por el sólo hecho de ser

enunciado. Son verdades lógicas y, como tales, vaciamente verdaderas. Se han extinguido en la hora y el día previstos para cada uno, todos los mundos cuya extinción fue anunciada respectivamente para esos días y esas horas, junto con otra cantidad de mundos cuya extinción no fue anunciada, y junto con otros de los que no se tiene y a lo mejor no se tuvo ni noticia. Es que no es posible separar un mundo de las creencias acerca de él: en lo que tiene de mundo está constituido, contenido, conformado, conmaterializado, consubstanciado o cooperado por todas las creencias acerca de él, entre las cuales no deja de ser importante la relativa al instante y al modo de su fin. Entonces para cada mundo cuyo fin se profetiza, o bien ocurre el cataclismo o bien no ocurre; en este caso ocurre otro cataclismo: la devastación de las creencias, y desde que es posible darse cuenta de que el mundo no es como se creía, se vive en otro mundo. El problema, para aquellos que han sobrevivido a sus creencias, es adaptarse al mundo nuevo; gran parte de todos y cada uno de ellos se ha hundido junto con sus creencias y tienen que afrontar el desafío de crearse en y con el mundo que surge de las cenizas del anterior. Pero no hace falta haber creído, antes de que se produzca, en el fin de algún mundo particular, para notar que ya no se vive en ese mismo mundo; a cada paso, el fracaso de alguna creencia propia o ajena modifica cada circunstancia, es decir, cada mundo, y así se despierta nuestra curiosidad por mundos cuya realidad ni siquiera sospechábamos. Hechos y datos cosmogónicos producen y reciben programas y diagramas de transfiguración. Algunos apprehenden el placer de agonizar en la onda expansiva de la creación. Otros, se dedican a la metafísica.

El deporte como trabajo o la bestia triunfante. Leo este dístico provenzal, que no alcanzo a entender:

*Aissi guerspisc joi deport
e vair e gris e sembeli.*

Se trata de los versos finales de la canción XI de Guilhem de Peitieu, comentados inmediatamente por J.E Ruiz Domenec: “Está claro: renuncia al gozo (*joi*), al regocijo (*deport*) y a lo demás.

¿Por qué?”. Hasta no hace mucho las expresiones ‘ad honorem’, ‘por amor al arte’, y ‘por deporte’ eran usadas para calificar acciones y operaciones emprendidas sin ánimo de lucro, con el mero propósito de ejercitar una habilidad

y no para servir algún dios exterior al mecanismo de su producción, pero pronto el honor dejó de ser honorario para fijarse honorarios; cabía esperar, tal vez sin razón, algo distinto del amor, del arte y del deporte: las líneas siguientes aspiran a ser la expresión de un desencanto y a no ser confundidas con alguna forma de nostalgia. Ortega y Gasset escribió hermosas palabras relacionadas con el deporte: “Se trata de un esfuerzo lujoso, que se entrega a manos llanas, sin esperanza de recompensa, como un rebose de íntimas energías... Una vida que encuentra más interesante y valioso su propio ejercicio que esas finalidades antaño ceñidas de sin par prestigio, dará a su esfuerzo el aire jovial, generoso y algo burlón que es propio del deporte. Disminuirá en lo posible el gesto triste del trabajo... El poeta tratará su propio aire con la punta del pie, como un buen futbolista.” Muchísimo es lo que se ha escrito sobre el amor al arte; vuelvo sobre Ernst Jünger y su curiosa gramática del palabra sacrificio: “En el mundo del deporte existen premios -en los casos más elevados el laurel de Apolo o el ramo de olivo de Atenea-, pero ninguna recompensa. El poeta crea y construye fuera del ordenamiento económico, y en realidad es perjudicado por él. Como sacrificio cuenta también el esfuerzo vano”. El ‘premio’ que recibe el deportista (o el artista) no cuenta como ‘recompensa’, ‘retribución’ o ‘reconocimiento de mérito’; por supuesto que el premio, sobre todo si entraña beneficio económico, puede interpretarse como recompensa, retribución o reconocimiento, pero en la medida en que esto ocurre las expresiones ‘por deporte’ o ‘por amor al arte’ toman otro valor y es menester leerlas, en esa misma medida, como ‘por la recompensa’, ‘por la retribución’ o ‘por el reconocimiento’; pero esta sinfonía en re-rebuzna, con perdón de los asnos, y en su rebuzno falta poco para que se confunda ‘premio’ con ‘salario’, el don de los dioses con la cantidad de forraje que se le asigna a un caballo para que trabaje como mula, en lo cual consiste el triunfo de la bestia. ‘Premio’, en una línea algo más afin al pensamiento de Jünger, suena mejor en su vinculación con una lotería cuyos ‘premios’ - salvo que uno sea explotador de juegos o fullero- no entraña recompensa ni retribución, porque eso haría ‘injusto’ que unos sacaran premios y otros no entre todos aquellos que tuvieron el ‘idéntico trabajo’ de adquirir un billete, y mucho menos entraña algo así como un reconocimiento de méritos: ¿Por qué razón el ganador de la lotería habría de ser más meritorio que los otros participantes, que no ganaron nada? Meritorio, en algún sentido, es quien se abstiene de jugar y, en ese mismo sentido es meritorio quien se abstiene de hacer cosas por deporte o

por amor al arte, y mucho más meritorio si se abstiene de hacer deporte, de hacer arte y de hacer amor para poner la cabeza seria y meditadamente en su trabajo. En el deporte, en el arte y en el amor no hay mérito ni demérito: hay espíritu, el famoso espíritu olímpico. Por supuesto que es posible hacer 'profesión' de estas 'aficiones', y eso es lo que se ha hecho habitualmente, aunque un poco más en los últimos tiempos lanzados en furiosas y curiosas 'profesionalizaciones', por lo general en detrimento de aficionados talentosos y en favor de un culto fariseo por las labores profesionales en el deporte, en el arte, en esto y también en aquello y, lo que es peor, también en el amor. Como el profesional 'debe ser' recompensado, de última no se sabe si se admiran sus habilidades o sus ganancias. El deportista (el artista, el amante) se ve empujado a producir algo, resultados, aparte el ejercicio de su actividad, con lo que llega el fin de la diversión y el comienzo del trabajo y sus morales de la responsabilidad y el sacrificio, con una eliminación casi completa de la vida privada del deportista y a veces con su inmolación en un altar menor; ahora tiene que escaparse de la concentración y ponerse fuera del control de sus entrenadores y dirigentes para ir a buscar por ahí la diversión que antes encontraba en la practica libre de su actividad. Fin de la diversión, también, para los espectadores, tanto parciales como imparciales, convertidos ahora en 'patrones' o en 'accionistas de la patronal' o en 'clientes que tienen razón' para exigir un mayor rendimiento de sus asalariados y un mejor servicio de sus erogaciones. He ahí la muerte del espíritu, olímpico o no, y la venalización del deporte, del arte y del amor. No se entienda que abogo por la pobreza del deportista o por un trabajo fuera del deporte y del arte, aunque esas soluciones merecen ser tenidas en cuenta, sino porque se vea el aporte económico al deportista como un premio y no como una recompensa o salario. Dar un premio significa pagar sin esperar nada a cambio, y recibir un premio no quiere decir ser mejor que otro, sino simplemente más afortunado.

Voluntad platónica de poder. Platón, que no figura entre los diez u once griegos conocidos como 'los siete sabios', pasa sin embargo por ser el padre de todos los filósofos y acostumbraba a decir que el filósofo ha de ser pederasta y pedagogo, esto es, les imponía a sus criaturas las obligaciones de amar a los niños y de educarlos. Hoy se piensa que, si bien la pederastía y la pedagogía no son prácticas incompatibles, no es conveniente que el pedagogo sea pederasta

ni filósofo, porque el común de la gente no ve bien que el educador ame a los niños ni que se desviva por la sabiduría. Y esto, porque la educación se ha mezclado con el gobierno hasta confundirse con él y se llama educación al gobierno y gobierno a la educación, pero el gobierno es el ejercicio del poder, no del amor. Pedagogía es, pues, en su moderna acepción el poder ejercido sobre los niños, de donde resulta una limitación o negación de la cultura. *Paideia*, cultura, es cosa de chicos, juego, mientras que los pedagogos -"científicos de la educación", según la nomenclatura contemporánea-, son personas mayores, como el resto de los gobernantes y tienden un tanto a la *spoudé*, a la cosa en serio. En la pederastía, al igual que en otras especificidades eróticas más o menos vituperables, es claro el propósito de dar y recibir placer, lo que no ocurre en la educación, ámbito del cual se tiende a desterrar el placer, no vaya a ser que se "eduque" (la palabra no es apropiada) para una sociedad algo más placentera y un poco menos autoritaria, de esas, tal vez, que "nuestros" educadores y gobernantes llaman hedonistas y degeneradas. (No sin razón, Borges encontraba en los hijos de Platón los hábitos reflexivos de la infelicidad).

A-¿Cómo se llega a ser degenerado? B-Preguntando, preguntando. La deconstrucción de la metafísica falogocentrista dista de ser un ejercicio para simplificadores. No es suficiente (y tal vez no sea necesario) un cambio de signo para producir un cambio de sentido, a menos que se quiera reducir la proliferación deconstruccionista a mero feminismo, con lo cual sólo se puede obtener una versión dual del machismo, tan metafísica y generocéntrica como el machismo. La identidad entre el ser, el varón y el bien, la conversión de cada uno en los otros, no modifica un ápice su estructura porque se la enuncie como identidad entre la esencia, la mujer y la bondad. Se trata, precisamente, de romper este tipo de identidades. Debido a que todo el tejido de la cultura europea -aunque no sólo de ella- está impregnado de metafísica o de alguna otra secreción viril, toda moral afirmativa tiene *ipso facto* rasgos lógicos y masculinos. Por eso el machista, sea varón o mujer, se horroriza ante una levantadora de pesas, una maratonista o una comandante en jefe: las encuentra, precisamente, "masculinas"; en tanto que, como hay más varones que mujeres levantando pesas, corriendo maratones y comandando ejércitos, la feminista, sea mujer o varón denunciará la usurpación por parte de unos de lugares que corresponderían a otras. Pero esos lugares pertenecen -han pertenecido- de suyo a una cultura.

escindida en géneros: ser varón e ser mujer es ser capaz de desempeñar tales o cuales funciones y a la vez simbolizar tales o cuales disfunciones: Lo propio del hombre es el pensamiento lógico, la acción (la actividad), el método, la ciencia, etc.; lo propio de la mujer es el pensamiento mágico, la pasión (la pasividad), la intuición, las artes, etc.. Estas divisiones, por supuesto, tienen sus límites, la grandeza, sea en lo que sea, pertenece al varón, y la pequeñez se imputa a la mujer. La reivindicación feminista se conforma con el acceso de la mujer a prácticas sociales “propias” del varón, incluida la grandeza. La deconstrucción de la metafísica falogocentrista tiene que ir mucho más allá, a la re-valoración del pensamiento mágico, de la pasión, de la intuición, de las artes, y otras “pequeñeces” independientemente de que magas, apasionadas, intuitivas o artistas sean varones o mujeres. Corresponde a una cultura de la libertad proceder a una desconsideración de las escisiones genéricas, al fin y al cabo se ha dicho con singular lucidez que el grado de autoritarismo de una sociedad es directamente proporcional a la autoconciencia que cada cual tiene de su propio sexo.

